

Tuvieron un peso muy importante en la historia de la Iglesia y de su doctrina.
Pero, ¿quiénes fueron? ¿Por qué los recordamos como padres y doctores?
¿Cuál fue su legado doctrinal e intelectual? ¿Sigue viva, hoy, su doctrina?

HISTORIA DE LOS PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

GUILLERMO J. CANO GÓMEZ



GUILLERMO JOSÉ CANO GÓMEZ

*Historia de los padres y
doctores de la Iglesia*

SEKOTIA

© GUILLERMO JOSÉ CANO GÓMEZ, 2023

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2023

Primera edición: octubre de 2023

Los mapas han sido realizados por Victoria Robledo Gómez.
Las citas de la Biblia proceden de la Biblia de Jerusalén.

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: HELENA MONTANÉ

www.sekotia.com

pedidos@almazaralibros.com - info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-18414-81-7

Depósito legal: CO-1487-2023

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

Índice

| | |
|---|-----|
| PRÓLOGO | 9 |
| PRIMERA PARTE: LOS PADRES DE LA IGLESIA..... | 11 |
| 1. LOS PADRES GRIEGOS..... | 19 |
| 2. LOS PADRES ORIENTALES | 55 |
| 3. LOS PADRES LATINOS | 61 |
| SEGUNDA PARTE: LOS DOCTORES DE LA IGLESIA | 83 |
| 4. DOCTORES DE LA IGLESIA «MEDIEVALES»..... | 89 |
| 5. EN TORNO A TRENTO, LA AUTÉNTICA REFORMA..... | 137 |
| UNA CONSIDERACIÓN SOBRE LOS DOCTORES «EN TORNO A TRENTO» | 171 |
| 6. DOCTORAS DE LA IGLESIA | 175 |
| EPÍLOGO | 193 |

PRÓLOGO

A través de este libro, el lector podrá asomarse a la larga lista de santos que hasta el momento han sido reconocidos como doctores de la Iglesia. Una sola de estas figuras podría llenar con facilidad varias estanterías enteras de bibliografía, de manera que muchas cosas más podrían —y quizá en algún caso deberían— decirse en cada capítulo de esta obra. No pretendemos por tanto en modo alguno decirlo todo, sino ofrecer un recorrido ligero y lo más ameno posible por las vidas y las obras de los padres y doctores de la Iglesia. Por eso, a pesar de la brevedad de la obra, no hemos omitido ciertas curiosidades o anécdotas que esperamos animen la lectura. Por la misma razón, hemos tratado de evitar en todo momento el tono «enciclopédico» y evitar presentar un mero elenco de personajes y obras.

Hemos querido destacar el papel que jugaron en los conflictos y desafíos de la Iglesia de sus respectivos tiempos y lugares; cómo su vida y sus escritos alumbraron a sus contemporáneos, como las farolas a lo largo de un camino. Las obras de estos hombres y mujeres son «hijas» de su tiempo, por eso conocer su época es fundamental para comprenderlas en profundidad. De ahí que hayamos dedicado un considerable esfuerzo y espacio a situarlos históricamente. Vivieron en el mismo contexto sociocultural que sus contemporáneos: estaban inmersos en los usos sociales de cada tiempo (en el Imperio romano, el feudalismo, el Imperio español...), vivían

influenciados por la forma de ordenar la realidad propia de cada lengua (griego, latín, español, francés, siríaco...) y constreñidos por los medios técnicos de su época. La mayoría debían desplazarse en cabalgadura o a pie y escribir en unas condiciones muy diferentes de las nuestras (sin ordenador, ni siquiera luz eléctrica). A pesar de haber vivido intensamente en su momento histórico, de haber abrazado su tiempo, sus escritos han sido capaces de mantener la actualidad y la frescura.

¿Cómo es posible que un escrito del siglo II, o del siglo XIII, o del XVI, pueda interpelar a los cristianos de nuestros días? Este grado de unión es muy superior a la identificación que alguien puede experimentar al leer un poema de Safo (poetisa griega de los siglos VI-VII a. C.), un soneto de Lope de Vega (1562-1635) o un relato de Oscar Wilde (1854-1900), pues la unión que se establece con los doctores y padres de la Iglesia va más allá de la mera experiencia humana (el enamoramiento, el humor, la ironía...). No solo tenemos en común el hecho de ser humanos —que no es poca cosa—, sino además la fe en Jesucristo. Al releer los textos de estos doctores nos sentimos muy identificados con su experiencia de fe y con su vida cristiana. Aunque las estructuras de la Iglesia hayan cambiado tanto —y muy presumiblemente lo seguirán haciendo—, los cristianos del siglo XXI pueden reconocer su misma fe en escritos muy remotos tanto en el tiempo como en el espacio.

La gran ventaja de la palabra escrita nos permite entrar en contacto con cada uno de ellos repitiendo en nuestros días y en nuestra propia lengua las palabras que dejaron impresas en sus libros. De este modo su servicio a la Iglesia universal no se limita al periodo histórico que les tocó vivir, tampoco a la poderosa intercesión que como santos dirigen desde el cielo. Sus escritos siguen siendo objeto de estudio y de reflexión para los cristianos de los tiempos posteriores. Terminamos esta pequeña introducción general con una sincera invitación al lector: si alguna de estas grandes figuras llamara su atención, no dude en tomar entre sus manos alguna traducción de las obras que ese doctor o padre de la Iglesia dejó escritas; le animamos entonces a que lea con confianza algún pasaje.

PRIMERA PARTE: LOS PADRES DE LA IGLESIA

La vida cotidiana está llena de palabras que nunca nos paramos a definir porque pensamos que todo el mundo las entiende, podemos recordar a este respecto la escena de la película de *Peter Pan* de Disney en la que Wendy trata de explicar al protagonista que es una madre. Puede que los padres de la Iglesia no formen parte de la vida cotidiana de muchos de los lectores, pero existe una rama o especialidad dentro de la teología que se dedica al estudio de los padres de la Iglesia, conocida con el nombre de Patrología o Patrística. Para todas aquellas personas dedicadas al estudio de los «padres de la Iglesia» o «santos padres», estos son algo absolutamente cotidiano pero también difícil de definir. Existe una anécdota sobre esta cotidianidad de los padres de la Iglesia para algunos: cuentan que cuando un eminente patrólogo español se enteró de su nombramiento como obispo, como pensando en voz alta exclamó algo parecido a: «¡Mis padres!». Su interlocutor interpretó el tono de sorpresa y temor como: *¿qué va a pasar con mis padres?, ¿quién los va a cuidar?, ¿no los puedo desatender!*, por eso, visiblemente extrañado le preguntó al futuro prelado: «¿Pero sus padres no habían fallecido ya?». El eminente patrólogo le aclaró que no se refería a sus padres biológicos, sino a los *padres de la Iglesia* que eran objeto de su estudio. Hasta el momento, se había dedicado casi plenamente a la patrología, pero sospechaba que sus nuevas obligaciones episcopales

le acabarían apartando del estudio de los padres de la Iglesia. Esta anécdota no solo sirve para introducir una nota de color antes de comenzar una ardua reflexión acerca de un término difícil de precisar, sino también para advertir que aunque las definiciones responden a la pregunta: «¿qué es un/a...?», en algunos casos —como en este— la definición no se refiere a objetos, sino a personas. Con las cuales se pueden establecer vínculos personales, como le pasó al eminente patrólogo, preocupado por cómo afectaría su reciente nombramiento a su estudio y a sus investigaciones.

Con la aparición a mediados del siglo pasado del primer volumen de Johannes Quasten, muchos de los autores de otros grandes manuales de patrología comienzan a definir lo que es un padre de la Iglesia a partir de la «paternidad espiritual» en la Iglesia primitiva. Siguiendo la costumbre rabínica, los primeros cristianos llamaban «padre» a sus maestros, de esta manera el término se aplicó primariamente a los obispos. Sin embargo, en un contexto precisamente de crítica contra ciertas prácticas rabínicas de su tiempo, Mateo 23,8-9 prohíbe expresamente llamar «maestro» o «padre» a ningún hombre. A pesar de esto y para regocijo de algunos protestantes que polemizan contra los católicos esgrimiendo esta cita bíblica, la paternidad espiritual en la Iglesia está tan ampliamente arraigada que el tratamiento habitual de todo clérigo es «padre», desde «reverendo padre» o «reverendísimo padre» hasta el «Santo Padre el Papa». De hecho, podemos rastrear esta paternidad espiritual ya en el Nuevo Testamento, donde algunos autores neotestamentarios llaman a sus lectores «hijos» o «hijos míos» (sin ánimo de ser exhaustivos: 1 Cor. 4,14; Gal. 4,19; 1 Jn 2,1). Aunque Mateo 23,8-9 no prohíbe llamar «hijo», sino solo «padre», la razón de la prohibición es: «porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo», por lo tanto, si malo es considerar a otro como padre, porque supone una suplantación del verdadero Padre, peor será considerarse a sí mismo como padre y suplantar así el lugar de Dios. Lo cierto es que este tipo de presuntos «vicios católicos» son tan frecuentes en los escritos neotestamentarios que algunos autores protestantes —Ernst Käsemann (1906-1998) y otros discípulos de Rudolf Bultmann (1884-1976) sobre todo— acuñaron

el término «protocatolicismo» (*Frühkatholizismus*) para referirse a este tipo de supuestas corruptelas.

En cualquier caso, aunque la paternidad espiritual ayude a acercarnos al concepto de padre de la Iglesia, sin embargo, dista mucho de definirlo por completo. Por eso, aquellos manuales de patología, empezando por el insigne Johannes Quasten, dan cuatro notas «tradicionales» que definen a un padre de la Iglesia: ortodoxia de doctrina, santidad de vida, aprobación eclesiástica y antigüedad. El problema de estas notas es que multiplican el problema en lugar de solucionarlo, ya que nos obligarían a intentar una definición de cada uno de estos complicados conceptos previos. Por otra parte, ninguna de estas cuatro notas es absoluta, especialmente la primera y la última: ¿es realmente hereje un autor que defiende una idea teológica condenada por un concilio celebrado siglos después de su muerte?, y ¿dónde situar el límite de la antigüedad? Volveremos sobre esta última cuestión más adelante.

El mismo problema supondría ofrecer una definición entresacada de un reconocido manual de patología: los padres de la Iglesia son testigos privilegiados de la tradición viva de la Iglesia¹, ya que, a pesar de que esta definición parezca sintética y sencilla, nos empujaría a iniciar una larga explicación sobre en qué medida estos son «privilegiados» y qué es la tradición viva de la Iglesia, no obstante, puesto que este segundo concepto es muy pertinente para el tema abordado en este libro, invitamos al lector curioso a que lea la constitución dogmática *Dei Verbum* 8 del Concilio Vaticano II titulado «la Sagrada Tradición».

Por nuestra parte, con el fin de evitar una definición o unas notas que multipliquen a su vez la tarea de definir nuevos términos, trataremos de acercarnos al concepto de padre de la Iglesia a través de otros caminos. Recurriremos en primer lugar al mito de Platón sobre la invención de la escritura. En ese famoso mito,

1 H. R. Drobner, *Manual de Patología*, 1999, p. 18. La definición no es una cita literal de Drobner y su texto se inspira en buena medida en la Constitución Dogmática *Dei Verbum* 8 del Concilio Vaticano II: «Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta tradición».

Platón describe en labios de su maestro Sócrates cómo el dios egipcio Theuth enseña al dios Thamus los beneficios de la escritura, y a su vez, Thamus señala las deficiencias del arte de escribir. Existe una última crítica que Platón sacó de la narración del mito, quizá para darle más importancia; cuando Sócrates termina su relato del mito, añade lo que parece una reflexión personal:

«Pues eso es, Fedro, lo terrible que tiene la escritura y que es en verdad igual a lo que ocurre con la pintura. En efecto, los productos de esta se yerguen como si estuvieran vivos, pero si se les pregunta algo, se callan con gran solemnidad. Lo mismo les pasa a las palabras escritas. Se creería que hablan como si pensarán, pero si se les pregunta con el afán de informarse sobre algo de lo dicho, expresan tan solo una cosa que siempre es la misma. [...] Y cuando es maltratado o reprobado injustamente, constantemente necesita de la ayuda de su padre, pues por sí solo no es capaz de defenderse ni de socorrerse a sí mismo.» (Fedro, 275d-e traducción de Luis Gil, Madrid 1957)

Podría parecer que Platón en labios de Sócrates está apuntando simplemente a la paternidad como autoría de un escrito, pero va más allá, bajo esta figura paterna Platón designa varias tareas de las cuales toda escritura se ve necesitada: debe responder por el texto mudo a las preguntas que lanzan los lectores bienintencionados, pero también debe defenderlo ante los ataques de los contrarios. De manera que este «padre» del texto escrito haría las veces de intérprete o hermeneuta, pero también de abogado y defensor. Muy oportunamente para nuestra explicación, a esta figura necesaria Platón la llamó «padre». Toda escritura —aunque sea «Escritura Sagrada»— no basta por sí misma, necesita de alguien que la transmita, que la interprete fielmente y que la defienda de las críticas.

Además, de este sentido «platónico» de padre como intérprete y defensor podemos sacar otra importante nota más para nuestra definición: la colegialidad, pues cabe un número indeterminado de «padres» en plural. En este sentido, la imagen de la paternidad biológica no refleja en absoluto lo que es un padre de la Iglesia, ya que padre biológico solamente hay uno, sin embargo, en el sentido pla-

tónico, un texto escrito puede —y debe— tener cuantos más padres mejor. De hecho, el singular «padre de la Iglesia» solo se aplica en la medida en la que se considera a un determinado personaje como miembro de la colectividad de los padres —en plural— de la Iglesia. Esto implica en primer lugar que ninguno de los llamados «padres de la Iglesia» lo es con carácter único y absoluto, y en segundo lugar, que no se usurpa en absoluto la paternidad genuina de Dios, al ser este solo uno y los «santos padres» o «padres de la Iglesia» una pluralidad.

A pesar de habernos decantado por aventurar un camino distinto en nuestra definición de lo que es un padre de la Iglesia, estamos obligados a rescatar la última de las cuatro notas tradicionales: la antigüedad. Aunque no existe unanimidad para delimitar el periodo patrístico, todo el mundo admite que la época de los padres de la Iglesia pasó hace mucho tiempo. Hay una gran disparidad de criterios y estos difieren entre el Oriente y el Occidente cristianos. Exponer una lista para estudiar qué periodos comprenden los numerosos manuales de patrología sería un trabajo demasiado pesado y muy poco productivo.

En general, se suele fijar la caída del Imperio romano de Occidente como límite de la época patrística occidental. Sin duda la caída del Imperio romano es mucho más que un acontecimiento político; antes bien, tuvo profundas repercusiones sociales, religiosas, culturales e incluso lingüísticas, sin embargo, es difícil dar una fecha exacta: desde un punto de vista histórico podemos proponer con cierta comodidad dos fechas clave entre las cuales fijar la caída del Imperio romano de Occidente: por un lado, el saqueo de Roma a finales de agosto del 410 que conmocionó a todo el imperio y motivó una de las más grandes obras de san Agustín: *La Ciudad de Dios*; y por otro lado, la deposición del último emperador, Rómulo Augústulo el 4 de septiembre del 476. No obstante, algunos patrólogos modernos alargan algo más el periodo patrístico incluyendo en él a ciertos escritores más o menos posteriores a la deposición del último emperador, como Boecio (m. 524), Casiodoro (m. 585) o incluso san Isidoro de Sevilla (m. 636). De hecho, la primera gran

obra de referencia para los estudios de los padres occidentales, la *Patrologia Latina* de Jacques-Paul Migne (1800-1875) llega hasta el papa Inocencio III (m. 1216).

Tratar de fijar el fin de la época patrística en Oriente es si cabe más complicado todavía, ya que se considera la caída de Constantinopla en 1453 como el fin del Imperio romano de Oriente. Además, el Oriente cristiano posee una diversidad cultural mucho mayor y más determinante que el Occidente. Es decir, con excepción de los primeros santos padres de Occidente que escribían en griego, la patrología occidental es exclusivamente patrología latina; sin embargo, en el Oriente cristiano, a pesar del enorme e indiscutible peso que tiene la lengua griega, debemos señalar también una serie de «patrologías orientales» más allá del griego: patrología siríaca, copta, armenia, etíope, árabe... Todas estas patrologías tienen su propia cronología independiente de la periodización que queramos establecer para la patrología latina y la griega. Debemos concluir entonces que la «antigüedad» de los padres de la Iglesia es relativa a la tradición lingüística en la que se inscriben, por eso en cada apartado: padres griegos, padres latinos y padres orientales expondremos una «época patrística» particular.

Después de haber bosquejado a grandes trazos qué se entiende por «padres de la Iglesia» o «santos padres», el lector atento habrá llegado a la conclusión de que no existe una lista clara de padres de la Iglesia, al ser este un concepto elástico y permeable gracias sobre todo a la última nota: la antigüedad. En efecto, a diferencia de los doctores de la Iglesia, no existe un reconocimiento público y oficial por parte de la Iglesia que determine cuántos y quiénes son exactamente los padres de la Iglesia. Por eso en estas páginas nosotros nos centraremos exclusivamente en aquellos padres de la Iglesia que han sido reconocidos como doctores. Este criterio recorta muchísimo el número de santos padres y deja fuera a grandes padres de la Iglesia, sin embargo ofrece una lista de los santos padres más o menos representativa y sin duda objetiva, pues no deja al arbitrio del autor qué padres se tratan y cuáles se omiten, además, ayuda a dar coherencia a las dos partes del libro. Por otra parte, como a fecha de

hoy casi la mitad de los doctores de la Iglesia pueden ser considerados también «santos padres», la información del libro quedaría descompensada si añadiéramos a la lista además a los santos Ignacio de Antioquía, Justino, Cipriano, Paulino de Nola y Epifanio, y aún faltarían algunos escritores importantísimos que nunca llegaron a ser reconocidos santos, como Tertuliano, Orígenes y Prudencio, aun así algunos echarían en falta a los grandes historiadores de la Iglesia como Eusebio de Cesarea y Sulpicio Severo, o a autores «menores» por el volumen de escritos conservados pero no por su profundidad y competencia teológicas como por ejemplo Ticonio, muy apreciado por el mismo san Agustín. Los nombres de muchos de estos personajes y también otros deberán aparecer en las explicaciones siguientes, pero no les dedicaremos un apartado exclusivo.

1. LOS PADRES GRIEGOS

La división entre padres griegos y padres latinos responde principalmente a un criterio lingüístico, es decir, a la lengua en la que estos padres de la Iglesia escribieron, pero no exclusivamente. Sin duda la lengua de sus escritos constituye un elemento sencillo, objetivo y claro que facilita la división de los autores, sin embargo, a nadie se le escapa que existen diferencias entre la forma de pensar y de ser de unos y de otros. Una larga historia de chanzas y parodias, desde el verso ácido del poeta latino Juvenal a comienzos del siglo II «*Omnia novit graeculus esuriens*» (*Sátira* III, 70-80) que podríamos traducir como: «todo lo sabe un grieguecillo con hambre», hasta la desternillante disputa entre griegos y romanos narrada once siglos después por el Arcipreste de Hita (*Libro de Buen Amor*, estrofa 46 y siguientes), ha ido modelando la imagen caricaturizada que la mayoría de los lectores tendrá acerca de los griegos frente a los romanos y viceversa. Por eso, del mismo modo que una caricatura es falsa, seguramente sea falso también el prejuicio según el cual el romano era un hombre de acción, práctico y audaz, y a su vez el griego, reflexivo, contemplativo y elocuente. Menos falso quizá sería decir que los griegos veían a los romanos como unos bárbaros y que a su vez eran vistos por estos como unos charlatanes.

En cualquier caso, la lengua en la que los padres de la Iglesia consignaron sus escritos es también en la mayoría de los casos la len-

gua en la que estudiaron. Cuando el cristianismo comenzó a extenderse de Oriente a Occidente a través del Imperio romano, ya existía una suerte de «plan de estudios» latino que nunca llegó a imponerse entre los griegos: frente a la épica griega de Homero, ya estaba ampliamente establecida la épica latina de Virgilio; frente a la retórica del griego Demóstenes, el latino Cicerón. En cuanto a la filosofía, este mismo autor, Cicerón, aunque poco o nada podía al lado de los gigantescos Platón y Aristóteles, tradujo y publicó muchas obras filosóficas, dotando a los latinos de un corpus de escritos filosóficos medianamente suficiente y bien adaptado al pensamiento propiamente romano. De manera que independientemente de las particularidades entre griegos y romanos, podemos distinguir dos itinerarios de formación que marcarán no solo la forma de expresarse (en latín o en griego), sino también la forma de pensar de los autores que estudiaremos a continuación. Sin embargo, a pesar de esta relativa independencia entre unos y otros, sus contactos no estaban equilibrados. Los teólogos griegos influían sobre los latinos, sin embargo muy rara vez ocurrió lo contrario.

SAN IRENEO (C. 140-C. 205) CONTRA GNÓSTICOS Y MARCIONITAS

Nuestro recorrido a través de los padres y doctores de la Iglesia se inicia precisamente con el último de los doctores reconocidos —mediante un decreto firmado por el papa Francisco el 21 de enero de 2022— y al mismo tiempo el más antiguo de todos ellos. Nació y se formó en pleno Oriente cristiano, en Esmirna actualmente llamada Izmir (Turquía), sin embargo se trasladó a Lugdunum (actual Lyon, Francia), ciudad de la que fue obispo. Su biografía ilustra a la perfección en qué medida los obispos son sucesores de los apóstoles: pues él mismo fue discípulo de otro gran padre de la Iglesia, Policarpo, obispo de Esmirna y mártir, y este a su vez del apóstol Juan. Esta estrecha vinculación con la época apostólica puede recordar a los personajes semilegendarios que trufan la «historia» de buena parte de las sedes episcopales españolas: como Jeroteo o Hieroteo de Segovia, convertido por Dionisio el Areopagita y venido desde Atenas para ser el primer obispo de Segovia, o la historia de los

siete varones apostólicos Torcuato, Tesifonte, Indalecio, Segundo, Eufasio, Cecilio y Hesiquio, cada uno de los cuales es considerado primer obispo de una o varias sedes españolas. Sin embargo, a diferencia de todos estos personajes cuya historia se mezcla con la leyenda en proporciones discutibles, Ireneo de Lyon es un personaje perfectamente histórico, cuyos escritos y noticias sobre él están sólidamente contrastados por numerosas pruebas históricas como manuscritos y citas o testimonios de otros padres.

Sus dos obras principales se conocen como la *Epideixis*, primera palabra en griego del título completo: «Demostración de la predicación apostólica» y *Adversus Haereses* que en latín significa «Contra los herejes», aunque también se suele traducir como «Contra las herejías». La azarosa tradición manuscrita de estas dos obras ilustra muy bien una de las grandes dificultades que algunos patrólogos deben arrostrar para poder leer el texto que están estudiando, ya que, aunque Ireneo las escribiera en griego, la mayor parte del texto no se conserva en su lengua original. Los estudiosos de estas dos obras deben servirse de manuscritos en latín y en armenio.

Los grandes antagonistas de Ireneo fueron por un lado los llamados «gnósticos» y por otro, los marcionitas. Los primeros fueron los seguidores de una de las primeras herejías del cristianismo, conocida como «Gnosis». Esta palabra griega puede traducirse como «conocimiento» o «ciencia». Lo primero que debemos saber de esta herejía es que había una enorme variedad de escuelas y subdivisiones, muchas de las cuales recibían su nombre del maestro gnóstico fundador, como marcosianos (seguidores de Marcos), valentinianos (seguidores de Valentín)... o bien de un personaje bíblico al que otorgaban un papel preponderante para la salvación o la revelación, cainitas (de Caín), ofitas (de *ophis*, que en griego significa «serpiente» en referencia a la serpiente tentadora de Génesis). A pesar de la multitud de escuelas, podemos resumir el pensamiento gnóstico con la siguiente imagen: una centella o chispa (el espíritu del hombre) procedente de un gran fuego eterno (Dios) ha salido despedida y se ve envuelta en la materia (el cuerpo). La salvación consiste pues en reintegrar esa «centella» en el «gran fuego». Como se

puede ver, el gnosticismo compartía buena parte de prejuicios platonizantes de su tiempo en torno a la materia: la materia es mala, el cuerpo humano no es por tanto objeto de salvación, Jesús no se encarnó realmente... Lo único que importa es el espíritu. Este prejuicio daba lugar a una teología muy particular, pues se veían obligados a explicar de diferente manera la creación, la encarnación, la resurrección de Jesucristo y la promesa de nuestra propia resurrección. Con el fin de dar legitimidad a su teología, cada una de estas escuelas gnósticas se presentaba como depositaria de una tradición oculta, independiente de la tradición proveniente de los apóstoles. Esta tradición «secreta» venía a completar, perfeccionar... en definitiva, a modificar la tradición apostólica. Frente a estas presuntas tradiciones secretas, Ireneo y otros padres que combatieron esta herejía contraponían la predicación pública de la Iglesia.

No podemos tratar aquí otras muchas cuestiones interesantes sobre los gnósticos, por ejemplo cómo el mismo prejuicio contra la materia a unos les convertía en ascetas extremadamente rigoristas, con el fin de mortificar la carne, y a otros en libertinos, en la idea de que la carne no influye en la salvación y no importa lo que se haga con ella. Sin embargo, sí debemos señalar que los gnósticos fueron los que por primera vez en la historia trataron de explicar grandes misterios de la fe como la generación divina, es decir, cómo el Hijo es engendrado del Padre y cómo de ambos surge el Espíritu Santo. Quizá en una paupérrima emulación de Platón, explicaban este misterio y otros a través de una variopinta y complicada mitología. Mucha distancia hay entre los literarios y sugerentes mitos de Platón como la caverna, el carro alado... y los elaborados mitos gnósticos basados en «eones». Los eones eran *grosso modo* atributos divinos, unos masculinos (por ejemplo: *bithós*= abismo, *pater*= padre...) y otros femeninos (*sigé*= silencio, *zoé*= vida...), que se unían entre sí para dar lugar a una generación posterior de eones, estas generaciones se sucedían mientras se explicaba el origen «pecaminoso» de la materia, del ser humano, el «aprisionamiento» del alma en el cuerpo, etc.

Quizá nos cueste comprender en nuestros días el éxito que estas sectas gozaron en época de Ireneo, debemos tener en cuenta que en

la Iglesia «apostólica» o «magna» Iglesia—llamémosla así para distinguirla de las diferentes sectas heréticas—, aún no habían aparecido los primeros teólogos capaces de reflexionar ampliamente sobre las grandes cuestiones teológicas antes señaladas (generación eterna, encarnación, glorificación...). Todos estos dogmas estaban sin duda presentes en la primera predicación, pero sin ahondar demasiado en los cómo y porqués. Estas reflexiones por piadosas, pertinentes e interesantes que sean no son necesarias para el encuentro personal con Jesucristo ni para la adhesión a la fe de la Iglesia. Pocos de los mártires que entregaron su vida en la arena o en las cárceles posiblemente jamás se plantearon cómo se genera el Hijo en el seno del Padre, si esta generación es *ab aeterno* o *ante tempus*. Sin embargo, no es difícil comprender también que ciertos primeros cristianos, por tener mayor erudición o curiosidad que sus correligionarios, sí desearan ahondar en estas grandes cuestiones de la fe, y al no encontrar maestros cualificados dentro de la magna Iglesia, acabaran recurriendo a los maestros gnósticos. Otro autor cercano a Ireneo, Orígenes (184-253) da precisamente testimonio de cómo algunos cristianos curiosos que él denomina «ávidos» o «golosos» (*lichnoi*) recurrían a herejes para saciar esta curiosidad. Además, el gnosticismo tenía un atractivo más que ofrecer, pues evitaba la confrontación directa con la «magna Iglesia», a la que no consideraba ni falsa ni equivocada, sino simplemente inmadura o imperfecta. Ellos pretendían poseer un conocimiento mayor, la gnosis no se presentaba como algo contrario a la fe de la magna Iglesia, sino como un añadido, como una perfección. Quien lo abrazara entraba entonces en una especie de élite espiritual, muy por encima no ya de los paganos, sino incluso del resto de cristianos. Creían además que solamente el hombre o mujer gnóstico/a poseía en su interior una parte divina, y que la auténtica salvación consistía en la reintegración de esa parte en Dios. Los paganos se condenaban y los cristianos no-gnósticos evitaban la condenación, pero como carecían de esta parte divina, tampoco podían acceder a compartir la divinidad.

El segundo grupo al que debió enfrentarse Ireneo de Lyon fueron los marcionitas, llamados así por ser seguidores de Marción

(c. 85-c. 160). La idea base sobre la que pivotaba su pensamiento era que el «dios» del Antiguo Testamento, Yahvé, no era el Padre del que habla Jesucristo, sino otro ser inferior, que suplantaba el lugar del Dios verdadero revelado en Jesús. De esta manera no solo quedaba invalidado el Antiguo Testamento, sino también la creación, al ser esta producto del «dios» inferior, también llamado Demiurgo, que en griego significa «artesano». Esta era la palabra utilizada por Platón y sus seguidores para referirse a la divinidad que «producía» o «fabricaba» las cosas materiales. Es indudable la gran influencia que ejercía Platón, o más precisamente, el platonismo de su época, pues Platón ha sido leído e interpretado de maneras diferentes a lo largo de la historia.

Puesto que los primeros discípulos de Jesús eran judíos, Marción suponía que el evangelio había sido pervertido por estos «cristianos judaizantes» que lo presentaban como el cumplimiento de las promesas y profecías del Antiguo Testamento; de este modo, habían conseguido identificar al «dios del Antiguo Testamento» (vengativo, cruel, legalista) con el Padre de Jesucristo (misericordioso, benévolo, comprensivo). Según Marción, san Pablo trató de eliminar los elementos judaizantes y devolver el evangelio a su pureza, pero no lo consiguió del todo.

Como podemos ver, ambas herejías compartían unos presupuestos platónicos similares, que les llevaban a abrazar posturas muy cercanas de cara a la creación, a la concepción de Dios, etc., sin embargo, debemos resaltar un rasgo común más allá de sus prejuicios platonizantes. Tanto gnósticos como marcionitas compartían una sospecha común hacia la fe recibida, hacia la tradición: los marcionitas porque la consideraban adulterada por los primeros discípulos «judaizantes», y los gnósticos porque entendían que esta era incompleta o imperfecta. Precisamente esta sospecha sobre la tradición recibida ha llevado a muchos teólogos desde Adolf von Harnack (1851-1930) a ver en Marción al primer «reformador», como una especie de precursor de Lutero. Aunque esta idea ha sido matizada por autores tanto católicos como protestantes, no deja de resultar sugerente.

Frente a ambos grupos que pretendían enmendar (marcionitas) o bien perfeccionar (gnósticos) la fe recibida de los apóstoles, Ireneo sostenía que esta tradición era perfecta y que para garantizar su veracidad debía preservarse sin recortes de marcionitas ni añadidos de gnósticos.

SAN CIRILO DE JERUSALÉN (315-386) Y LA CRISIS ARIANA

Aunque es contemporáneo a los llamados «cuatro» padres griegos, a saber: Atanasio de Alejandría (296-373), Gregorio Nacianceno (329-389), Basilio el Grande (330-379) y Juan Crisóstomo (347-407), hemos querido adelantar a Cirilo de Jerusalén porque puede servirnos para introducir y presentar los desafíos políticos y doctrinales del siglo IV. Por el momento, no se ha reconocido a ningún doctor de la Iglesia que podamos situar entre Ireneo en el s. II y los «cuatro padres griegos» que recorren el s. IV. La vida secular y eclesiástica ha cambiado mucho desde los tiempos de Ireneo. A principios del siglo IV Constantino aún no ha reunificado completamente todo el imperio. No hay por tanto todavía una figura lo suficientemente sólida como para garantizar el orden y la estabilidad política y social. Por otra parte, los cristianos han dejado de ser perseguidos a partir del Edicto de Milán en el 313, sin embargo, cada vez hay más tensiones internas en la Iglesia entre defensores y detractores de un presbítero alejandrino llamado Arrio.

Desde que los primeros ptolomeos fundaran su famosa biblioteca, Alejandría se había convertido en el centro cultural e intelectual del Mediterráneo. No en vano, mucho antes del nacimiento del cristianismo, en esa misma ciudad, la comunidad judía tradujo al griego el Antiguo Testamento, dando lugar a la versión griega más extendida de la Biblia conocida como «versión de los Setenta». Según la leyenda, el rey Ptolomeo había encargado a setenta sabios hebreos una traducción al griego del libro sagrado precisamente para almacenarla en su recién fundada biblioteca. Quizá el ingrediente más fabuloso de esta historia no fuera que los setenta sabios presentaron setenta traducciones independientes y que muy milagrosamente todas coincidieran palabra por palabra, sino más bien

que un Ptolomeo tuviera el menor interés por incorporar a su colección el libro sagrado de los judíos. Los ptolomeos o también llamados lágidas, por ser descendientes de Ptolomeo Lago, el general de Alejandro Magno que a la muerte de su señor recibió Egipto como herencia, fueron la última dinastía de faraones y eran de origen griego. Es perfectamente comprensible su interés por reunir toda la ciencia, la literatura y la filosofía helénicas: Homero, los poetas líricos, la gran tragedia ateniense (Esquilo, Sófocles y Eurípides), la comedia, poetas bucólicos, todos los tratados de ciencia y filosofía, y un larguísimo etcétera del cual apenas logramos vislumbrar lo que hemos perdido; pero sería difícil de explicar la inclusión del libro sagrado de una religión «bárbara» en medio de este monumento erigido a mayor gloria del espíritu helénico.

Sea como fuere, cuando el cristianismo llegó a Alejandría —y debió de hacerlo extremadamente pronto— se encontró con un ambiente cultural muy sofisticado tanto en la floreciente comunidad judía como en la población pagana. En este entorno tan intelectualmente rico, muy pronto prosperó una comunidad cristiana de destacada erudición. Muchos de los personajes que estudiaremos están relacionados directamente con esta importantísima comunidad y con la sede episcopal que la regía.

Arrio era un miembro destacado de aquella comunidad, un presbítero, pero fue apartado por su obispo, Alejandro de Alejandría. Como ha seguido sucediendo a lo largo de la historia de la Iglesia, a veces para mal y algunas para bien, este hecho provocó que la doctrina de Arrio se extendiera: Arrio fue desterrado por su obispo pero acogido por otro obispo, Eusebio de Nicomedia. A partir de ese momento, se extendió como la pólvora una polémica entre las principales sedes episcopales orientales a favor o en contra de Arrio y de su doctrina.

Pero ¿en qué consistía esta doctrina? No es fácil dar una respuesta clara, porque el mismo Arrio no ofreció una, antes bien, al calor de la polémica, Arrio formuló, reformuló, matizó y rectificó su declaración de fe dependiendo del auditorio o del interlocutor: el emperador Constantino —aún no formalmente bautizado—, un

simpatizante arriano, su propio obispo, etc. En cualquier caso, la nota común consistía en afirmar que el Padre y el Hijo no estaban al mismo nivel, en su expresión más radical, algún arriano podría llegar a afirmar que el Hijo es una criatura más, la primera y más excelsa, pero criatura al fin y al cabo y, por tanto, no es Dios.

Aunque atentaba contra la antiquísima tradición que profesaba a Jesucristo como Dios, esta herejía hacía mucho más comprensible el misterio de la Santísima Trinidad: ya que en el fondo el único Dios sería solamente el Padre. Por otra parte, el arrianismo parecía útil para combatir otra herejía: el monarquianismo, también llamada modalismo, patripasianismo o sabelianismo. Estos cuatro nombres hacen referencia *grosso modo* a una misma creencia, que sostenía que el único Dios se muestra a través de tres manifestaciones distintas (Padre, Hijo o Espíritu Santo), pero en ningún caso hay alteridad verdadera en Dios y cada una de ellas no sería sino la mera manifestación del único Dios; como un mismo actor que interpreta a tres personajes distintos dentro de la misma comedia. Ambas herejías arrianismo y monarquianismo simplificaban muy cómodamente el misterio de la Santísima Trinidad, pero como un mantel demasiado pequeño para una mesa grande, cada postura dejaba algo sin tapar: los arrianos guardaban la alteridad entre las personas divinas, pero a costa de negar la divinidad del Hijo, en cambio, los monarquianos mantenían la divinidad del Hijo, pero negaban la alteridad entre las personas divinas.

Cuando la polémica estalló, cada partido o bando se acusaba de herejía mutuamente, y los que querían permanecer en el centro guardando al mismo tiempo la divinidad del Hijo y la alteridad entre las personas divinas, eran acusados por los arrianos de ser monarquianos y por los monarquianos de ser arrianos. Debemos señalar que además de la complicación propia del lenguaje y la terminología, en ocasiones se añadían a la disputa rencillas personales, envidias y malquerencias que dificultaban todavía más el acercamiento y el diálogo. Los concilios locales se sucedían con resoluciones en una dirección y en la otra, la discordia amenazaba no solo la unidad de la Iglesia, sino del Imperio.

Constantino veía peligrar la reunificación y la estabilidad que tanto le había costado conquistar. Pues debemos señalar que desde Diocleciano el Imperio se encontraba dividido en cuatro regiones administrativas o tetrarquías regidas por dos augustos y dos césares. Desde que las legiones de su padre, Constancio I o Constancio Cloro, allá en la lejana Britania aclamaran al joven Constantino como sucesor en el 311, emprendieran la conquista de las demás tetrarquías, hasta que finalmente en el 324 derrotaron a su último enemigo, Licinio, emperador de la parte oriental del Imperio, quedándose Constantino como el único emperador, el primero desde Diocleciano. Para consolidar esta costosa reunificación y evitar que la disputa arriana la dañase, Constantino apenas tardó un año en convocar el primero de los cuatro grandes concilios de la Iglesia primitiva. Tal era la urgencia que no esperó a que su gran capital, Constantinopla, fuera reconstruida tras la guerra con Licinio, y prefirió celebrar el concilio en una ciudad de los alrededores, Nicea, en el 325.



Mapa de Constantinopla y Nicea

Solo podemos barruntar la conmoción que supondría para un pagano, un cristiano o un judío que el emperador —aún no bautizado— convocara un concilio con el fin de zanjar definitivamente una crisis interna de la Iglesia. Constantino puso al servicio de los obispos el sistema de postas imperial para facilitarles el desplazamiento a Nicea. Más de uno de los obispos asistentes podría haber sido perseguido en su juventud por los mismos caballos que en ese momento le llevaban al concilio. Nicea definió la fe rechazando el extremo arriano y el monarquiano, condenando ambas doctrinas como heréticas y a sus seguidores.

Durante los siguientes años, algunos arrianos suscribieron la fe de Nicea presionados por el emperador o para evitar la condena formal como herejes y el exilio. Otros muchos —incluido Arrio— matizaron sus doctrinas dando lugar a una enorme variedad de pensamientos intermedios para tratar de acomodarse lo más posible a Nicea. En efecto, entre el negro arrianismo radical que afirmaba que el Hijo es una criatura y la blanca fe nicena que afirma que el Hijo es consustancial (*homousios*, en griego), es decir, de la misma sustancia divina que el Padre, cabía una gran gama de grises que proponían que el Hijo era de sustancia semejante a la del Padre (*homoioousios*) o que era similar en cuanto a la sustancia. Los partidarios de estas doctrinas semiarrianas aunque no constituían un único bloque pueden recibir varias denominaciones como semiarrianos, homeos, homeousianos, arrianos moderados...

Con el tiempo, los semiarrianos más beligerantes celebraron sus propios sínodos para desautorizar el gran concilio de Nicea y legitimar esos «subproductos» arrianos: como el sínodo de Tiro (335), de Arlés (353), Milán (355), los dos sínodos de Sirmio (357 y 358), de Ancira (358)... Habitualmente estos sínodos contaban incluso con el apoyo imperial, pues a Constantino —aún no bautizado— y a la mayoría de sus sucesores —bautizados o no— apenas les movía ningún interés doctrinal, buscaban a cualquier precio la conciliación de las partes para garantizar la estabilidad de su gobierno. Poco o nada les importaba que esto se alcanzara en la fe nicena, semiarriana o arriana. Uno de sus sucesores, de hecho, hartó quizá de la polémica

intentó una vía distinta y trató de volver al paganismo: Juliano el Apóstata (r. 355-360).

En medio de esta crisis, no era infrecuente que un obispo arriano fuera expulsado de su sede y tras firmar una tibia declaración de fe semiarriana fuera perdonado por el emperador, recuperando así su antigua sede, ya ocupada por un nuevo obispo niceno. Después, también los sínodos semiarrianos desterraron a muchos obispos nicenos, algunos se vieron obligados a firmar declaraciones de fe semiarrianas para evitar ser arrojados de su sede. En este caos de expulsiones y retornos, de conversiones y reconversiones, se desarrolló la vida de Cirilo de Jerusalén. Precisamente las noticias contradictorias sobre su afiliación a uno u otro grupo ciñeron su persona y sus escritos de recelos y sospechas, quizá esa fuera una de las razones por las cuales se le otorgó el título de doctor de la Iglesia tan tardíamente. San Jerónimo lo incluyó entre los arrianos, san Epifanio entre los semiarrianos, para otros escritores eclesiásticos fue un semiarriano convertido a la fe de Nicea, pero según Teodoreto de Ciro, uno de los grandes historiadores eclesiásticos, acudió al siguiente gran concilio, el de Constantinopla en el 381, y lo presenta como antiarriano y proniceno.

En cualquier caso, la obra que mejor hemos conservado de él y por la que es tan apreciado y reconocido está compuesta por una colección de catequesis. Una catequesis en la Iglesia antigua era una homilía —debemos recordar que en aquella época las homilias no se restringían exclusivamente al marco de la eucaristía— dirigida a los catecúmenos. Estos eran los adultos que se preparaban para recibir el bautismo, la confirmación y la primera comunión, pues esos tres sacramentos tenían lugar en una misma celebración. Actualmente, todavía seguimos llamando catequesis al proceso de formación preparatorio para recibir alguno de estos tres sacramentos. Sin embargo, a ningún obispo de aquella época se le habría ocurrido delegar una tarea tan importante como era la formación de sus futuros fieles en ningún joven comprometido. Bien podría destinar a uno o varios clérigos de extrema confianza al cuidado más «cotidiano» de los catecúmenos, como un formador en los semi-

narios actuales o un maestro de novicios de un convento, pero sin duda se ocupaba personalmente de las catequesis, auténticas charlas formativas.

Siguiendo un símil natural, quizá demasiado bucólico, las catequesis eran como la miel más pura y nutritiva que las abejas reservan para alimentar a las larvas o como el calostro de los cuadrúpedos, la primera leche que produce la madre y que permite al potro levantarse y trotar con apenas unas horas de vida. Por eso, dentro de la literatura patrística, las homilias dirigidas a los catecúmenos han sido tan frecuentemente transmitidas y tan apreciadas. Conservamos catequesis de un montón de padres, entre las cuales destacan de manera singular las de Cirilo de Jerusalén. La primera de esta colección de homilias es una gran introducción al proceso del catecumenado, como una gran conferencia inaugural, a continuación le siguen cinco catequesis de carácter más formativo y a la vez introductorio, sobre algunos conceptos previos fundamentales como el pecado, la penitencia, la fe y el bautismo. Después siguen trece catequesis más sobre los artículos del credo. Particularmente interesantes resultan las catequesis 16 y 17 sobre el Espíritu Santo, la Persona Divina que más pasó inadvertida en medio de la polémica arriana, pues todos los teólogos de uno y otro signo se centraban sobre todo en el Padre y el Hijo. Finalmente, cierran la colección otras cinco catequesis últimas llamadas «mistagógicas». Esta palabra proviene del griego «mistagogos», a su vez formada de dos compuestos: *mýstes* (iniciado en los misterios) y del sufijo *-gogos* (guía, escolta). Estas catequesis estaban enfocadas a explicar el significado de los ritos y ceremonias (misterios) propios del bautismo, la confirmación y la eucaristía, que habrían de protagonizar los catecúmenos.

Además de estas catequesis conservamos una homilía sobre la curación del paralítico y una carta dirigida al emperador Constancio II, hijo de Constantino. A pesar del valor como documento histórico de esta carta y de la particularidad casi anecdótica de que la homilía sobre el paralítico sea anterior a su ordenación episcopal,

estos dos últimos escritos no tienen la misma importancia que sus célebres catequesis.

LOS CUATRO PADRES GRIEGOS:

S. ATANASIO DE ALEJANDRÍA, S. GREGORIO NACIANCENO,
S. BASILIO EL GRANDE Y S. JUAN CRISÓSTOMO

Estos cuatro escritores fueron los primeros doctores de la Iglesia griegos reconocidos como tales en 1568 por el papa Pío V. Muy probablemente se eligieron a estos cuatro de entre los padres griegos para que coincidiera el número con los cuatro doctores latinos, que veremos en su momento. A estos ocho primeros doctores: cuatro latinos más los cuatro griegos siguieron con el tiempo otros muchos. La historia del arte ha dejado hermosas muestras en retablos, cuadros y esculturas que representan a los primeros doctores de la Iglesia. Un buen ejemplo de este hecho es la célebre obra de Bernini conocida como la «Cátedra de san Pedro» y que es fotografiada cada día por cientos de turistas y peregrinos en el Vaticano. Esta obra hace juego con el aún más célebre Baldaquino del mismo autor. Ambas están dispuestas para conseguir una ilusión óptica capaz de transmitir varias enseñanzas teológicas a quien sabe mirar: desde la perspectiva del fiel que accede a aquel imponente templo por vez primera, parece que la enorme cátedra está instalada bajo el dorado dosel. De lejos, el juego de perspectivas provoca otra falsa ilusión: cuatro padres parecen sujetar la silla por debajo, como si la sostuvieran en andas. Cuando el espectador se acerca, observa que, en realidad, el baldaquino alberga el altar mayor y que muchos metros por detrás está la Cátedra, a la cual tampoco la sostiene ninguna de las cuatro figuras, estas simplemente la señalan, mientras que la cátedra parece levitar por sí misma. Bernini decidió representar solo a una selección de cuatro de los ocho padres: dos latinos delante y dos griegos detrás.

Cerrado este pequeño inciso artístico, nos centraremos en los cuatro padres griegos. Estos comparten circunstancias históricas y eclesiales muy parecidas ya que son prácticamente contemporáneos y algunos de ellos incluso pudieron tratarse personalmente.

Las vidas de los cuatro recorren casi por completo el siglo IV. Como vimos en el capítulo anterior, durante los primeros años del siglo IV nació y se desarrolló la controversia arriana. Y tuvieron lugar los dos primeros grandes concilios: Nicea 325 y Constantinopla I 381 que definieron el núcleo de la fe trinitaria. Nótese bien que «definir» una verdad no significa inventarla, ni siquiera descubrirla, sino enunciarla con palabras de manera precisa e inequívoca. Decir que en Nicea la Iglesia «decidió» formalmente creer en la divinidad del Hijo, es tan ridículo como decir que antes de que Newton enunciara su teoría de la gravedad, la gente no sabía que las manzanas se caían de los árboles. Los cristianos de los siglos I, II y III vivían y morían creyendo firmemente en la divinidad de Jesús y del Espíritu Santo, así lo testimonia la simplísima —y antiquísima— fórmula del bautismo: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», aunque no expresaran esta fe con una definición tan prolija como lo es el credo niceno-constantinopolitano: «...Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre... y en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria...». En efecto, la necesidad de llegar a tal nivel de detalle en la definición de la fe se produjo cuando alguien cuestionó por primera vez algún aspecto de esta. Como el Resucitado porta en su carne gloriosa las marcas de su pasión, así también la expresión de la fe, el credo, lleva en su definición las marcas de las diferentes polémicas con los herejes.

ATANASIO DE ALEJANDRÍA (296-373)

Es conocido como uno de los más fieros defensores de la fe de Nicea, lo cual le provocó que fuera depuesto y reinstalado de la sede de Alejandría hasta en cinco ocasiones. Hay muchas razones que explican este vaivén de los acontecimientos, en qué proporción influyó cada una, no lo discutiremos: la enorme importancia de la sede de Alejandría —uno de los cinco patriarcados de la Antigüedad junto a Roma, Antioquía, Jerusalén y Constantinopla—, los complicados juegos de poder en la corte imperial entre el partido proniceno y

antiniceno —nótese que «antiniceno» no implica necesariamente «arriano»—, y por último pero no menos importante, la personalidad arrolladora del propio Atanasio, que a nadie dejaba indiferente: allá por donde iba ganaba amigos y enemigos.

En sus dos primeros exilios se dirigió a Tréveris (335), actualmente ciudad alemana, y a Roma (339), donde fue acogido por el papa Julio I, que convocó un sínodo en Roma (341) condenando la doctrina arriana. Este hecho supuso la entrada formal de Occidente en la polémica arriana. Occidente había participado en Nicea por medio de los legados pontificios y algunos insignes obispos latinos, entre los cuales es de destacar la figura de Osio de Córdoba, pero hasta el sínodo de Roma (341), Occidente percibió el problema arriano como una discusión ajena y lejana.

Atanasio dejó una gran cantidad de obras que testimonian su defensa acérrima de la fe nicena frente a los arrianos, pero la principal de todas ellas son tres grandes discursos contra los arrianos, conocidos con el título latino «*Contra Arianos*». Dentro de este carácter apologético podríamos incluir un tratado sobre los sínodos (*De Synodis*), que constituye un documento valiosísimo para conocer el desarrollo de la polémica arriana. Aunque la figura de Atanasio ha sido siempre valorada por su defensa de la fe nicena, existen además otras obras que abordan otros temas más variados. De entre las que debemos destacar dos pequeños tratados: *Sobre la Encarnación del Verbo*, que aunque no menciona la controversia arriana, es también una obra muy conocida y apreciada por los teólogos; y *Contra los paganos*, un tratado apologético dirigido no a herejes, sino a paganos. Este tipo de escritos eran muy frecuentes en épocas más tempranas entre los siglos II y III, la época de las grandes persecuciones, podemos decir por tanto, que esta obra de Atanasio constituye un «fruto tardío» de la otrora abundante literatura apologética. Finalmente —no es nuestra intención hablar de todas las obras de Atanasio, sino solo una selección de ellas—, junto a este «fruto tardío» encontramos también una de las primerísimas obras de carácter hagiográfico de la literatura patristica: *La vida de Antonio*. En efecto, durante el tercero de sus destierros, Atanasio

conoció a los monjes del desierto y la figura de uno de los iniciadores del monaquismo egipcio: san Antonio. Esta obra no solo es una simple primicia de una larga corriente de biografías de santos, constituye también un testimonio importantísimo sobre el nacimiento del monaquismo oriental, que desarrollaremos más ampliamente cuando tratemos a los otros tres restantes, conocidos en la Iglesia ortodoxa griega como los tres jerarcas (*hiérarches*).

LOS PADRES CAPADOCIOS: GREGORIO NACIANCENO (329-390) Y BASILIO DE CESAREA (330-379)

Una vieja leyenda bizantina vincula a Gregorio Nacianceno, Basilio el Grande y Juan Crisóstomo, según la cual cuando se encontraba un grupo de teólogos discutiendo cuál de los tres era más importante, se le aparecieron en sueños al patriarca de Constantinopla, Juan Mauropo, afirmando la igualdad de los tres y que no había ni rivalidad ni oposición entre ellos, de manera que el emperador bizantino Alexis decidió instaurar una festividad litúrgica para celebrar la memoria conjunta de los tres.

Sin embargo, para nuestro recorrido a través de las generaciones sucesivas de padres y doctores de la Iglesia esta piadosa leyenda no nos ayuda para su estudio ordenado. Sí resulta más provechoso estudiar juntos a Gregorio y Basilio, por su proximidad en el tiempo y por su estrecha amistad. Por otra parte, junto a san Gregorio de Nisa conforman el grupo de los llamados «padres capadocios», pues son originarios de una región del Oriente cristiano llamada Capadocia. Está situada en el interior de la península de Anatolia, actualmente es territorio turco y se ha convertido en un famoso destino turístico.

Gregorio (329-389) es conocido con el sobrenombre de Nacianceno, gentilicio de Nacianzo, para diferenciarlo de su tocayo y amigo san Gregorio de Nisa o «Niseno» (330-395), hermano este último de san Basilio de Cesarea (330-379). La formación de los jóvenes de clase acomodada consistía en orientarlos hacia profesiones «no serviles» o «liberales», principalmente: funcionarios imperiales, abogados y maestros de escuela o rétores. Esta formación se

componía principalmente de tres etapas: primero en casa, luego en la escuela local y finalmente, con algún rétor de renombre en alguna de las grandes metrópolis del Imperio (Roma, Constantinopla, Atenas...) culminaba su formación con retórica, oratoria y filosofía. Obviamente muy pocos podían permitirse que todos sus hijos completaran este itinerario educativo. Dependiendo de los recursos económicos familiares y de las capacidades intelectuales de los hijos, algunos podían ir o no a la escuela local y de ahí, pasar o no a formarse en la metrópolis con uno u otro rétor de mayor o menor caché. Este es muy a grandes rasgos el itinerario que siguieron muchos de nuestros protagonistas, no solo los griegos Gregorio y Basilio, sino también latinos como Agustín.

A diferencia de muchos otros padres de cuyas biografías apenas sabemos prácticamente nada, en el caso de los padres capadocios, tenemos muchísimos detalles que nos permiten reconstruir pormenorizadamente la vida personal de los tres. A veces, cada uno ofrece noticias de su propia vida, y otras, sobre la vida de los otros dos. Sabemos que Gregorio de Nacianzo y Basilio de Cesarea fueron amigos desde pequeños, pues estudiaron juntos en la escuela local de Capadocia y más adelante, volvieron a coincidir en Atenas, donde adquirieron una sólida formación intelectual. Sin embargo abandonaron su carrera secular para probar la vida monástica. Esta no les era desconocida a ninguno de los dos, pero especialmente a Basilio, cuya hermana, Macrina, había abrazado esta vida desde muy joven. Anteriormente ya habíamos apuntado al nacimiento del monaquismo, cuando durante su tercer exilio Atanasio se refugió con los monjes egipcios. Pero es necesario desarrollar algo más sobre este fenómeno fundamental para entender buena parte del pensamiento eclesiástico tanto de Oriente como de Occidente hasta nuestros días.

El monacato nace como sabemos en el siglo IV, y a diferencia de lo que puede parecer a los ojos modernos —que apenas distinguen un cura de un monje—, nace principalmente como un movimiento eminentemente «laico». Su característica principal es la soledad. No en vano, el monacato nace con los eremitas, palabra que proviene del griego *éremos*, que significa desierto. Los primeros monjes son